

³⁰ Cfr. Andreu, J. L. (1976), pág. 84, para quien la captura del aerolito «representa la dominación de un espacio (cósmico) dentro de otro espacio (paraguayo)». Bareiro-Saguier, R. (1980) 2, pág. 174, por su parte, sostiene que el aerolito es una fuerza actancial «qui se livre tout au long du récit à une résistance farouche contre la volonté toute-puissante de domination du Dictateur»; y Sicard, A. (1979), págs. 786-787, donde relaciona el mito del meteoro con la apropiación, a través del anonimato, de una identidad absoluta por parte del Supremo.

³¹ Tal es el parecer de Domínguez, R. (1975), págs. 33-48, especialmente pág. 22.

³² Cfr., en tal sentido, Ugalde, S. K. (invierno 1980), págs. 302 y 305. Para Sicard, A. (1979), pág. 785, la fantasmática de la autogénesis se relaciona con una serie de trasmutaciones que Roa proyecta sobre la biografía de Francia, siendo la escena triangular que tiene lugar entre el padre, el hijo y el tigre una puesta en escena «dans la forme d'une cérémonie sacrificiale dans laquelle se trouve déjà en germe la tragédie de Pouvoir Absolu».

sima versión del tópico de la Fortuna en términos inusualmente panteístas («Sientes en el meteoro el pulso natural del Universo», pág. 440) pero con implicaciones asimismo políticas («El dominio del azar va a permitir a mi raza ser verdaderamente inexpugnable hasta el fin de los tiempos», pág. 113)³⁰.

5.4. La imagen plurívoca del espejo

Las tres modalidades más significativas son las del espejo protector («Basta para que uno se resguarde detrás de un espejo para contemplar sin ser destruido», pág. 439), el espejo como laberinto mágico o *multum in parvo* («Emparedado en tu cóncavo espejo, has visto y seguirás viendo a un tiempo, repetido en sucesivos anillos hasta el infinito, la tierra en que estás acostado ensayando tu yacer último-último-primero», pág. 439) y el espejo como fantasmagoría epistémica conectada con el mito platónico del Prisionero de la caverna («En esta perfecta cámara de los espejos no se sabría cuál es el objeto real», pág. 440).

5.4. El androgenismo mesiánico y el nacimiento «ex nihilo»

El Supremo niega en todo momento el haber sido engendrado por concurso de varón y hembra siendo el suyo, pues, un nacimiento de la Nada en cuanto ontofanía mitopoética de su naturaleza semidivina que le lleva a identificarse con Ñamandú, el Padre-último-primero del Ayyú Rapitá de los Mbyá³¹, y a rechazar con vehemencia toda consanguinidad o parentesco con sus presuntos padre (Don José Engracia), madre (Doña María Josefa de Velasco y de Yegros y Ledesma) y hermana (Petrona Regalada). El siguiente peldaño a subir en esta escala de una mística laica no puede ser otro que el de la negación de toda posible causalidad o temporalidad («Una infinita duración ha precedido mi nacimiento. Yo siempre he sido Yo», pág. 297). Es así como su nacimiento vendría a representar un único acto de libertad suprema («Yo he podido ser concebido sin mujer por la sola fuerza de mi pensamiento (...). Yo he nacido de mí y Yo solo me he hecho doble», pág. 144), por una parte, y un rito de iniciación con el que obliterar todo estigma edípico gracias a la simultaneidad de su nacimiento con la muerte del padre («En primer lugar, no tengo padre (...), don Engracia acaba de morir. Pues bien, Yo acabo de nacer», pág. 309)³².

5.6. La oralidad mitográfica e iconográfica. La Teoría de la Escritura

Según Roa Bastos «el Supremo busca, desesperadamente, aunque vanamente, la expresión polisémica en la combinación de distintos lenguajes y de las lenguas castellano/guaraní. Busca en el signo lingüístico no la representación de la escritura alfabética o fonética, sino la representación iconográfica y mitográfica de la palabra, de la oralidad (...), busca empecinadamente un lenguaje fónico, visual: un lenguaje cuyos signos son los objetos mismos que designa, y no solamente su representación gráfica, ideográfica o iconográfica³³. Y añade: «No es necesario hacer notar que toda la novela —particularmente en este nivel mítico y mitográfico— es un libelo implacable contra la escritura como grafía de la «palabra cadavérica» (...), el Supremo busca y ensaya la instrucción de la Escritura del Poder, desconfiando del poder de la escritura»³⁴. De este afán neutralizador del carácter biplánico y referencial del signo lingüístico surgen tanto el idiolecto logorreico cuanto la verbomanía mitográfica de Francia. Y hacia él confluyen los distintos objetos míticos (la pluma-recuerdo³⁵, que procede de R. Roussel; los cazos y recipientes parlantes; la piedra-bezoar; el aerolito...) y las categorías mitoideográficas que conforman el universo mítico en y desde el que piensa, pronostica, recuerda, vaticina, fantasea, teoriza y sincopa Francia los réditos de sus plusvalías morales e intelectuales. Aunque afirma la importancia del lenguaje (en cuanto tautología sinsemántica, ruido semiótico y ambigüedad signica), ese mismo *des/lenguaje* es el único modo «que tengo de comprobar que existo aún» (pág. 52). La subjetividad desnortada y la relatividad denotativa del código lingüístico, conceptuadas como maldición y padecimiento³⁶, se transforma en crítica de la escritura y del habla como simples variantes morfo/topológicas de un lenguaje que enmarcara la realidad al imponerle la artificiosidad de una surrealidad mixtificante³⁷ que entra en crasa contradicción con el sentimiento y la beatería neorrousseauianos del Supremo hacia una naturaleza primigenia donde las hipotéticas diferencias entre los reinos animal y humano, signo y objeto designado, resultarían cualitativamente devueltas: «¿Podrías inventar un lenguaje en que el signo sea idéntico al objeto?» (pág. 66)³⁸.

³³ Roa Bastos, A. (julio-dic. 1977), pág. 183.

³⁴ *Ibid.*, loc. cit.

³⁵ Así, para Leenhardt, J. (1980) 2, pág. 62, «est une figure elle-même mythique du pouvoir de l'écrivain». Para Vila Barnes, G. (1984), pág. 106, al igual que El Aleph de Borges, «es capaz de reproducir la totalidad

del mundo, también la «pluma-recuerdo» transcribe la realidad polifacética en imágenes idénticas al objeto evocado», criterio que viene a coincidir con el de Leenhardt, J. (1982), pág. 71.

³⁶ Tal es la afirmación del vocero Sultán, el perro hipercrítico de estirpe cervantina: «Por lo menos mien-

tras no desaparezca la maldición (subrayado mío, J. C.) del lenguaje como se evaporan las maldiciones irregulares» (pág. 421).

³⁷ Para Turton, P. (enero-marzo 1979), pág. 27, «todo lenguaje es nocivo para el Supremo, que piensa que sería muy beneficioso poder prescindir de él como ha-

cen los animales». Sobre la reflexión acerca del lenguaje, cfr. Issorel, J. (1978), págs. 21-28.

³⁸ He aquí la opinión de Balderston, D. (1986), pág. 422: «Echoing Plato's Cratylus, the Dictator asks himself: "¿Podrías inventar un lenguaje en el que el signo sea idéntico al objeto?"».

³⁹ Roa Bastos, A. (1986), en AA.VV (1986), pág. 102: «Y de lo que se trata en Yo el Supremo es precisamente de la puesta en representación del fenómeno de la escritura».

⁴⁰ Para Leenhardt, J. (1982), pág. 71: «On croyait l'écriture mimesis, ou jeu de miroirs, et la voilà qui dessine son exigence sur l'horizon de la praxis».

⁴¹ Según expresión afortunada de Kraniawskas, J. (1988), pág. 118.

⁴² Franco, J. (1986), pág. 195, así lo sostiene al hablar del «universo encadenado por la escritura» como apertura del debate que el discurso liberal había cerrado.

⁴³ Roa Bastos, A. (1990) 2, págs. 44-45.

⁴⁴ Como nota Leenhardt, J. (1980) 2, pág. 52: «Mais les instances textuelles, ici, sont instances de pouvoir».

⁴⁵ Turton, P. (enero-marzo 1979), pág. 27, apostilla: «Para el Supremo —¿lacaniano avant la lettre?— la palabra es una sombra chinesca o espejo traidor de la "realidad siempre viva"».

⁴⁶ Perera San Martín, N. (1976), pág. 52, habla de «la deformación de la imagen de la relación significante-significado a su paso por el cristal de la subjetividad del hablante».

Los conceptos de *mimesis* y *representación/efecto especular*³⁹ son indisolubles de la mitología de la reapropiación semántica de lo real por medio de un *onirismo vigil* que confunde Acontecimiento con Simulacro⁴⁰, Ser/Parecer, Mito/Historia, Realidad «real»/Realidad «simbólica», Connotación/Denotación, Sujeto/Objeto. Esta búsqueda de «una escritura en solidaridad con el habla»⁴¹ apunta a una ideologización del discurso político del que el habla-escritura es su epifenómeno más natural⁴² y significativo. En palabras del propio Roa: «La infinitud de lo absoluto dentro del espacio concreto de la realidad histórica sólo era posible en la dimensión a la vez imaginaria y real de la escritura (...), la palabra oral dictada por el Supremo a la escritura: esa palabra que se oye primero, se escribe después»⁴³. Es así como el contenido ideológico del acto escriturario sufre el proceso de una *transitividad intransitiva* en cuanto epistemología hagiográfica contextualizada por las relaciones falocráticas entre escritura y poder⁴⁴ (Escritura=Faloforía).

La reacción de Francia (emotivamente provocada por la temática de la escritura como falseamiento) es la de aniquilar el poder de la misma desde los ringorrangos de la Escritura del Poder. De ahí que tache de libelistas y pasquinos a todos cuantos escriben (incluyéndose a sí mismo y al propio Roa); que destruya sus escritos y borradores poco antes de morir; y que reiteradamente apostrofe hasta el denuesto el acto mismo de la escritura como una vulgar deposición letrina de contumaces e irredentos mistagogos. Para ello aprovecha una de sus metáforas animistas (la del árbol) con la que pronostica la radical soledad del ser humano que exige inventar un idiolecto (en todo opuesto a la *koiné*) donde la ambigüedad semántica quede mitigada tras haber prescindido de los conceptos de signo y referente; esto es: inventando una jerga onomatopéyica e iconotrópica, un habla neológica en la que el significado y el significante coincidan con el *significatum*, especie de algoritmo cabalístico que propende a la afasia y al autismo como culminación de una fenomenología litótica de la Negatividad⁴⁵ que operase a todos los niveles de la cadena significativa. Tal escritura apofántico/identificativa sería como «desplegar la palabra de uno mismo» (pág. 67) y hacerla real en un *pluscuampresente maniacodepresivo* que manifestase su horror al vacío; el acto elocutivo del dictado sería, entonces, una estrategia de pura reflexividad al no discriminar entre emisor y receptor («Copia no lo contado sino lo que yo me cuento a mí a través de los otros», pág. 91). La escritura se comportaría como una forma alucinatoria que negase una realidad adventicia desde la retórica de una irrealidad del lenguaje conceptualizado como testimonialidad penitencial («Yo sólo puedo escribir; es decir, negar lo vivo», pág. 103) cuyos grafos se organizaran como una imposura deíctica («Voy a intentarlo por el camino de la debilidad suma; por el camino de las palabras; por la vía muerta de la palabra escrita», pág. 345). La emunción/polución espermático-coito-escritural queda asimilada a la castración y a un ritual narcisista sin posible descodificador frente a la trascendentalidad semiótica de la praxis política en cuanto salvaguarda de los arcanos de la Historia: «Decir, escribir algo no tiene sentido. Obrar sí lo tiene» (pág. 219)⁴⁶.